



Los intereses geopolíticos de Estados Unidos en Medio Oriente diseñan las guerras, las treguas, los fallidos intentos de paz. En Siria, además, hay tensiones turcas, iraníes y rusas. (Getty images)

La intervención norteamericana en la Primavera árabe

JAVIER ALCALDE CARDOZA*

El atentado contra las Torres Gemelas (2001) trajo un cambio capital a la política exterior estadounidense en el Medio Oriente. Dejando de lado su práctica tradicional de ganarse a las dictaduras como aliadas (Arabia Saudí y el Sah de Irán) o de convivir con ellas, se planteó el objetivo de “cambio de régimen”. En 1979, protegiendo sus intereses fundamentales en la región, Washington se había aliado con el régimen militar egipcio. Al finalizar la primera Guerra del Golfo (1991), prefirió abstenerse de derrocar a Saddam Hussein y luego vio con buenos ojos las negociaciones de paz de Israel con el régimen dictatorial de Assad en Siria.

El presidente Bush empezó a poner en práctica en 2003 un nuevo diseño radical de fomentar el reemplazo de gobiernos autoritarios adversos a Washington, en una perspectiva regional de democratización.

La democratización del Medio Oriente era vista también como un requisito fundamental para la apertura de los mercados árabes y la integración de estos en la economía global. Se intentaba hacer en la región algo similar a lo que Reagan había logrado en los años ochenta en Europa del Este.

El diseño estadounidense tuvo un primer avance en la ocupación de Iraq (2003). Poco después, Bush colocó a Irán

—junto a Iraq y Corea del Norte— en el “Eje del Mal”. Siria, Estado árabe radical, potencia militar y aliado de Rusia e Irán, pero al mismo tiempo particularmente vulnerable por estar gobernado por una minoría alauita, figuraba también prominentemente en la agenda de Washington.

Al mes siguiente de la invasión de Iraq, en mayo de 2003, Bush propuso formalmente la creación de un Área de Libre Comercio del Medio Oriente (MEFTA). Las exportaciones a esta región representaban solo 4% de las exportaciones estadounidenses y la inversión directa era menos de 1% del total mundial.

Por otro lado, jóvenes líderes del Medio Oriente con anhelos democráticos comenzaron a ser entrenados en Estados Unidos y Europa en técnicas de movilización popular desde 2003. Organizaciones no gubernamentales financiadas por el gobierno estadounidense, como la Institución Albert Einstein, Freedom House y el Instituto Internacional Republicano, los preparaban en la promoción de movilizaciones populares de carácter no violento, con uso intenso de símbolos y eslóganes y explotando el potencial de las redes sociales y la internet.

En Serbia, los jóvenes políticos asistían a Canvas, un centro internacional de capacitación creado por Srdja Popovic, quien había dirigido la resistencia contra Milosevic y preparado a los activistas que lideraron las revoluciones “Rosa” y “Naranja” en Georgia y Ucrania, respectivamente.

* PhD en Relaciones Internacionales. Profesor del Departamento de Ciencias Sociales y de la Escuela de Gobierno y Políticas Públicas de la PUCP.

Grandes empresas informáticas estadounidenses como Google, Twitter y Yahoo se involucraron también activamente en la preparación técnica de líderes demócratas con ansias reformistas.

En 2005, Joshua Landis, profesor estadounidense visitante en Damasco, percibía que, para Washington, Siria era “el fruto de más fácil alcance” en el Medio Oriente y creía que debía colocarla en una senda de “inestabilidad creativa” en la búsqueda de democratizar la región. Y agregaba que Estados Unidos parecía ya estar llevando adelante una política de cambio de régimen de bajo costo en Siria, pese al ablandamiento de la dictadura de Bashar Assad y a los enormes riesgos de desestabilizar este país.¹

El término “Primavera árabe”, con una connotación militante relacionada con la “Primavera de Praga” de 1968, es utilizado por primera vez en 2005, aludiendo al aparente retroceso de los autoritarismos en el Medio Oriente.

Ese mismo año, Ahmadinejad, el nuevo presidente iraní, reaccionó frente a la declaración del “Eje del Mal” de Bush radicalizando la posición de su Estado: reanudó su programa atómico e inflamó la retórica contra Israel.

Las consecuencias del sorpresivo empate en el choque militar entre Israel y la guerrilla Hezbolá en 2006, acentuaron el deterioro del statu quo que desde 1979 venía sosteniendo Estados Unidos en la región:

- Las negociaciones de paz israelí-árabes quedaron virtualmente sepultadas.
- Irán potenció su ascenso a la hegemonía en el Golfo y su desafío político y militar

a Israel, respaldado por sus alianzas con Siria y Hezbolá.

A partir de ese momento, arrieron las presiones para que Irán detuviera su programa atómico y surgieron amenazas de ataque a sus instalaciones nucleares.

En esta coyuntura, ocurren en 2009 en Irán las primeras manifestaciones de importancia contra un régimen establecido en la región. Alegando fraude en la reelección del presidente Ahmadinejad, algunos grupos hicieron uso intenso de las redes sociales en la que fue denominada “Revolución del Twitter” o “Revolución Verde”. Hubo fuertes disturbios en algunas ciudades, que encontraron un estridente eco en Occidente, pero fueron drásticamente reprimidas.

El fracaso de la Revolución Verde, pese a su abundante cobertura en los medios occidentales, se debió en realidad a que las grandes mayorías de Irán, así como los propios líderes de la protesta, no cuestionaron nunca las bases de la República Islámica sino solo un mal uso de las reglas del juego.

Un año más tarde despunta la Primavera árabe en Túnez, donde las protestas desencadenadas por la autoinmolación de Mohamed Bouazizi derribaron en menos de un mes, en enero de 2011, al dictador Ben Ali. El gobierno de Estados Unidos, tras bambalinas, desempeñó un rol central en el manejo de la crisis.

Mientras disfrutaba de una estrecha relación con Ben Ali, que a su vez era muy cercano a Israel, Washington ya

1 *New York Times*, 17 de septiembre de 2005.

había percibido un serio debilitamiento en la posición del dictador, por eso desde hacía algunos años conversaba con figuras de la oposición.

Pese a que la crisis se presentó sorpresivamente, Washington pudo manejar la situación coordinando con la cancillería y las fuerzas armadas tunecinas, que le permitieron arreglar el exilio de Ben Ali y acordar con los militares su rol de mediadores y protectores de los “intereses nacionales” durante la transición.

La caída de Ben Ali causó un fuerte impacto en Egipto, donde las protestas se inician a fines de enero de 2011, hasta producir la salida de Mubarak el 11 de febrero. Se trataba en este caso de un régimen corrupto y desgastado cuya caída era previsible, pero que se aceleró inesperadamente sin que el candidato aceptable para Estados Unidos, El-Baradei, pudiese lograr acogida ni los militares egipcios consiguieran unificar su posición frente al avance vertiginoso de una insurrección popular en la que participaba la Hermandad Musulmana. Estados Unidos no pudo reeditar el rol que jugó en la insurrección tunecina.

El desplome de la dictadura de Mubarak abrió una ancha grieta en la *Pax Americana* de 1979 al poner en entredicho la alianza de Estados Unidos con Egipto y el entendimiento de este último con Israel, pilares centrales del statu quo regional.

La desestabilización de Libia y Siria en las semanas siguientes podría explicarse, en la perspectiva de una intervención occidental, como una consecuencia directa de los sucesos en Egipto.

Un régimen políticamente vulnerable en Libia había quedado peligrosamente en medio de dos países, Túnez y Egipto, en profunda convulsión. Las potencias no podían arriesgarse a que el régimen de Gaddafi cayera en manos de fuerzas sin control ni conexiones occidentales. El país tiene un singular valor estratégico como bisagra entre el Medio Oriente y África del Norte, y además exporta 80% de su petróleo a la Unión Europea.

Imposibilitado de justificar internamente una nueva incursión militar, Estados Unidos dejó en este caso el liderazgo formal de la intervención a Francia y el Reino Unido dentro de la OTAN, aunque colaboró desde el principio con los rebeldes enviando incluso secretamente al embajador Christopher Stevens a Bengasí a coordinar las operaciones de apoyo revolucionario.

En el caso de Siria, donde las protestas comienzan el 18 de marzo de 2011, la posible caída del régimen de Bashar Assad adquiere gradualmente un nuevo significado para Estados Unidos, pues le ofrece la posibilidad de comenzar a lograr frutos de la Primavera árabe (que hasta el momento solo le ha sido favorable en el caso de Túnez y, en la parte negativa, ha puesto en entredicho su alianza con Egipto).

De esta manera, al lado de sus aliados europeos, además de Turquía, Qatar y Arabia Saudí, Washington busca sobre todo en la guerra civil siria asestar un golpe al alineamiento rival de Irán con Siria, Hezbolá y Rusia en la pugna que se ha desatado por recomponer el orden del Medio Oriente. ■